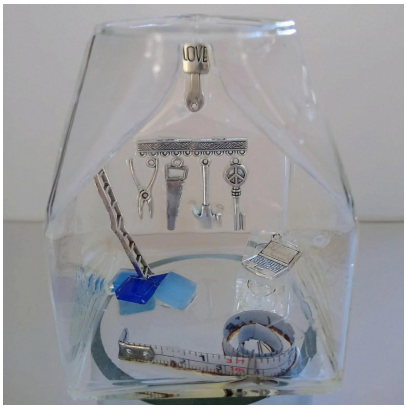


Cambio climÃ¡tico e inmutabilidad de discurso

Por **Gustavo Dessal**

En algÃºn lugar de su seminario *La Ã©tica del psicoanÃ¡lisis* Lacan asegura que el hombre moderno ha perdido el sentido de la tragedia. Ello implica que ha dejado de concebir una distancia entre su facticidad y las posibilidades de realizaciÃ³n de sus sueÃ±os, incluso de sus consecuencias. El hombre moderno ha encarnado la muerte de Dios para situar en su lugar a la Ciencia. Ello no sÃ³lo no ha erradicado la tragedia del orden del mundo, sino que la ha multiplicado bajo la forma de un desorden que nos empuja hacia el precipicio de lo real.

El cambio climÃ¡tico, el drama al que los psicoanalistas hemos despertado demasiado tarde (pese a disponer supuestamente de los instrumentos teÃ³ricos y clÃnicos para advertirlo y sumar nuestra voz), ha dejado de ser una simple amenaza futura para convertirse en la posibilidad actual del Ãºltimo acto en la historia humana. No sÃ³lo hemos perdido el sentido de la tragedia, sino tambiÃ©n nuestra vivencia de lo sagrado. El discurso capitalista hizo efectiva la destrucciÃ³n de toda manifestaciÃ³n de lo sagrado, al proceder mediante la forclusiÃ³n de cualquier lÃmite a la obtenciÃ³n de una plusvalÃa, lo cual nos retorna como catÃ¡strofe en lo real.

No sabemos si alguna vez hubo un modo menos tanÃ¡tico de habitar el mundo. A juzgar por los estudios de las formas primitivas de organizaciÃ³n social, y los vestigios que de ellas subsisten en ciertas regiones donde las culturas indÃgenas aÃºn no han sido completamente devastadas, existieron estructuras narrativas mÃticas que posibilitaron una convivencia mÃ¡s respetuosa entre el ser hablante y la naturaleza, a pesar de que la lengua ha desterrado al hombre fuera de todo entorno instintivo. Al sacralizar su relaciÃ³n con la Tierra, los seres hablantes encontraron un camino fantasmÃ¡tico de retorno al mundo circundante, permitiendo un equilibrio que durante miles de aÃ±os hizo de lo

simbÃ³lico una defensa contra lo real. *Totem y tabÃº* fue el mito que Freud construyÃ³ para discernir la metapsicologÃa del sujeto deudor de la ley paterna y sumiso a la dimensiÃ³n de lo sagrado. En su obra colosal *El malestar en la cultura,* cuya vigencia es el testimonio de la visiÃ³n premonitoria de Freud, se van abriendo paso los efectos de la pulsiÃ³n de muerte en el lazo social y la anticipaciÃ³n del mal absoluto.

Es fundamental insistir una y otra vez en el factor de racismo que forma parte de esta crisis. Regiones como Micronesia son las que mÃ¡s estÃ¡n padeciendo, y a la vez su existencia es prÃ¡cticamente

ignorada por el capitalismo del Primer Mundo. Sabemos de los incendios que consumen California y Australia, pero la prensa internacional no se hace eco de la tragedia en regiones de tercera categorÃa en el escalafÃ³n racial. Julian Aguon es profesor de la Universidad de Guam y activista que desarrolla una importante labor en la difusiÃ³n del drama climÃ¡tico en Micronesia. En una conmovedora columna publicada en *The Atlantic* Aguon relata la conversaciÃ³n de una noche con Larry [1] Raigetal, un experto navegante indÃgena nacido en Lamotrek, isla situada al este de Yap, en la FederaciÃ³n de Naciones de Micronesia. Raigetal usa sus manos para dividir el cielo estrellado y convertirlo en una brÃºjula compuesta por 32 puntos cardinales. Su trazado imaginario en el cielo es el sedimento de un saber sobre el arte de la navegaciÃ³n, transmitida durante miles de aÃ±os, y que no ha requerido de la ayuda de ningÃºn instrumento tÃ©cnico. En su conferencia del 30 de marzo de 1974 dictada en el Centro Cultural FrancÃ©s en MilÃ¡n , Lacan hace menciÃ³n ya entonces a una invasiÃ³n de lo real [2] que vuelve â€œextremadamente incÃ³modaâ€• la vida debido a una multiplicaciÃ³n insoportable de ese real provocado por la expansiÃ³n de la ciencia. Ese real se mantuvo en su sitio mientras el hombre lo buscÃ³ en la fijeza del cielo, en ese retorno al mismo lugar que durante milenios supuso la relaciÃ³n del ser hablante con lo real. Cuando a partir de

Descartes y Galileo se cayÃ³ en la cuenta de que podÃa hacerse descender lo real a la Tierra, se lograÃ³ la fabricaciÃ³n de dispositivos tÃ©cnicos que comenzaron a saturar la vida al punto de aplastarla, de tornarla irrespirable.

La experiencia acumulada de innumerables navegantes, explica el profesor Aguon, es un repositorio de huellas y marcas simbÃ³licas transmitidas de generaciÃ³n en generaciÃ³n. â€œUn depÃ³sito vivo de magistrales detalles especÃficos sobre los oleajes, las corrientes eÃ³licas, los arrecifes, los bancos de arena en las aguas poco profundas, y otras seÃ±ales marinas que incluyen a los seres vivos: grupos de ballenas, tiburones, pÃ¡jaros marinosâ€•. Todo ese asombroso conjunto de elementos ha constituido un saber sobre lo que en inglÃ©s se denomina â€œWayfindingâ€•, la preparaciÃ³n y programaciÃ³n de la ruta para emprender un viaje, y que Raigetal lo â€œdiseÃ±aâ€• en su brÃºjula imaginaria trazada en el cielo. El cambio climÃ¡tico, directamente vinculado a la ferocidad mercantil globalizada, no solo afecta al conjunto del ecosistema vital, sino que arrastra consigo la transmisiÃ³n de un saber, esa forma de herencia significante que Freud estudiÃ³ a propÃ³sito de sus tesis sobre *MoisÃ©s y el MonoteÃsmo.* Esa herencia simbÃ³lica escrita con las marcas de la lengua, estÃ¡ siendo interrumpida. Eso implica la destrucciÃ³n de los lazos sociales comunitarios, la desterritorializaciÃ³n, el aislamiento. En suma, una forma lenta pero inexorable de genocidio. El ejemplo de las reservas de los indÃgenas norteamericanos, convertidas en guetos que albergan casinos y venta de licores, ha incrementado los niveles de mÃ¡xima destrucciÃ³n por alcoholismo, pobreza, falta de escolarizaciÃ³n y desnutriciÃ³n, convirtiendo a esta minorÃa en aquella que posee la menor esperanza de vida de todo el territorio estadounidense.

No obstante, y a pesar del profundo respeto que me inspiran las luchas actuales de los movimientos indÃgenas y sus legÃtimas reivindicaciones, no querrÃa inducir la posibilidad de un retorno romÃ¡ntico a un EdÃ©n perdido, al â€œsentimiento oceÃ¡nicoâ€• reivindicado por Romain Rolland y que Freud, por respeto a su interlocutor, se limitaba a

decir que jamÃ¡s lo habÃa experimentado. Descreo del pensamiento de una emancipaciÃ³n basada en el mito del retorno a la Naturaleza. Soy extremadamente pesimista en la medida en que nos basta la verdad que solo puede decirse a medias para saber que la batalla ecolÃ³gica ya estÃ¡ perdida, lo cual no significa que habremos de rendirnos sin antes dejar constancia de cÃ³mo hemos llegado al borde

de este abismo.

El psicoanÃ¡lisis no puede ofrecer una salida ni una soluciÃ³n, ni siquiera un paliativo, a la agonÃa de la Tierra, pero sÃ puede al menos arrojar alguna luz sobre la tiniebla de la sociedad de la informaciÃ³n, una enfermedad que ha contribuido en buena medida a esta tragedia en la que nos hallamos inmersos. Porque esa tragedia se ha producido con el concurso de todas las fuerzas polÃticas que estÃ¡n en juego, lo que significa que en distintas proporciones el conjunto de las partes implicadas han aportado algo a la espantosa complicidad entre el capitalismo extractivo en su incestuosa transgresiÃ³n de cualquier lÃmite, y las secretas puertas del goce que el sujeto del inconsciente ha abierto de par en par.

Los seres hablantes nos hemos convertido en los mÃ¡ximos generadores de detritus en la tierra, las aguas y los cielos. La basura espacial que hemos diseminado es tan inconmensurable que su proliferaciÃ³n produce interferencias en las observaciones astrofÃsicas. Sin embargo, y pese a este rasgo contaminante que es propio de la estructura del parlÃªtre, el paradigma del capitalismo en su modalidad extractiva ha generado una grieta sin precedentes. El 1% de la poblaciÃ³n que habita en los paÃses mÃ¡s ricos es responsable en el Ãºltimo siglo de una emisiÃ³n de diÃ³xido de carbono que duplica el generado por la mitad de los habitantes que viven en los paÃses mÃ¡s pobres. La crisis climÃ¡tica no es un fallo en la presunta lÃnea ascendente del progreso, sino que forma parte de su programa, y allÃ reside una parte fundamental del problema, que ensombrece las esperanzas de resoluciÃ³n. Como lo ha desarrollado Lacan en su seminario *La Ã©tica*

del psicoanÃ¡lisis y su escrito â€œKant con Sadeâ€• , el lazo del ser hablante con el bien [3] demuestra la perversiÃ³n sadiana incluida en la universalidad del modelo cientÃfico postulado por Kant. El discurso cientÃfico-tÃ©cnico que incluso antes de cobrar el sentido moderno era un modo privilegiado del logos como aproximaciÃ³n a lo real (pese a su carga fantasmÃ¡tica que claramente se aprecia, por ejemplo, en la *FÃsica* de AristÃ³teles), Â¿ha sido lo que nos ha alienado de una relaciÃ³n distinta, mÃ¡s â€œecofriendlyâ€• con la vida, una relaciÃ³n que nos habrÃa preservado de esta catÃ¡strofe que hoy manifiesta sus sÃntomas con una intensidad apocalÃptica, o forma parte de un ciclo, del final de nuestra especie regida por la acciÃ³n oscura y silenciosa de la pulsiÃ³n de muerte? Â¿Hasta quÃ© punto lo simbÃ³lico no nos ha desterrado desde el comienzo de cualquier armonÃa con la vida? Â¿Acaso no serÃ¡ la Naturaleza, esa naturaleza cuya destrucciÃ³n ejercemos y padecemos, una construcciÃ³n ficcional? No deja de ser tentador preguntarse por la relaciÃ³n entre la Madre Tierra, como suele denominarse a esa ficciÃ³n desde los orÃgenes de la cultura, y la tesis de Lacan sobre â€œla Cosaâ€• (â€œdas Dingâ€•) que habita en el fantasma de la relaciÃ³n entre el sujeto y el Otro materno primordial.

Por supuesto, la degradaciÃ³n de la vida ecolÃ³gica que nos conduce hasta el fin, el envenenamiento y la desertificaciÃ³n, son hechos reales en su sentido fÃ¡ctico. Mis preguntas van en la direcciÃ³n de si todo esto podrÃa no haber sucedido. Si hay, por debajo del discurso del amo neoliberal al que estamos sometidos, otras voces que fueron aplastadas, silenciadas, amordazadas, otro saber estar en el mundo que nos habrÃa conducido a un destino diferente, un destino en el que habrÃamos podido alojarnos en la dimensiÃ³n de la vida, y no en la de este encaminamiento hacia el abismo del ser.

La dificultad para responder se debe a que el parlÃªtre, el que por la letra se instituye en lo vivo del cuerpo, no posee un *Umwelt*, un entorno que le sea connatural, a diferencia del resto de los seres vivientes. El hombre habita en un mundo de marcas

significantes que pueblan la anterioridad de su existencia, y en Ã©l, en ese mundo, nunca estÃ¡ en su casa. El ser del hombre siempre estÃ¡ *Un-heim*, fuera de su casa, es decir, desterrado. El logos, la racionalidad, es el resultado de una elecciÃ³n forzada a la que solo unos pocos pueden oponerse con la fuerza de una decisiÃ³n insondable. El ser hablante ha estado preparado, programado, para un destino que le aguardaba hasta que ciertas circunstancias histÃ³ricas emplazaron el logos como visiÃ³n hegemÃ³nica del ser. El discurso cientÃfico-tÃ©cnico no es la desviaciÃ³n de una relaciÃ³n telÃºrica del ser con la Tierra, sino -al menos segÃºn lo que el psicoanÃ¡lisis nos ha enseÃ±ado- la afirmaciÃ³n de la pulsiÃ³n de muerte como silenciosa conductora de las relaciones con nuestros semejantes, con el horror cÃ³smico, y fundamentalmente con nosotros mismos. Ninguna otra especie conoce el suicidio, ni la depredaciÃ³n de su hÃ¡bitat. Ninguna otra especie ha hecho de la degradaciÃ³n de las condiciones de supervivencia una modalidad de goce. El psicoanÃ¡lisis logra dar cuenta de algunos mecanismos por los cuales *das Lebensnot*, la necesidad de la vida, constituye la pÃ©rdida originaria de aquello que no cesa de escribirse, la fijeza instintiva que retorna en el goce como tal, el goce que no posee una medida, que se despliega en su insaciable desmesura.

El sistema productivo salvaje y depredador no ha atrapado al ser hablante por una contingencia. Constituye el correlato lÃ³gico de los cuerpos atravesados por un goce que se ha extraviado del goce fÃ¡lico, del sÃmbolo de Eros. Es cierto que, al mismo tiempo, la desnaturalizaciÃ³n producida por lo real de lo simbÃ³lico en los cuerpos no ha impedido una reparaciÃ³n mÃtico-narrativa de la relaciÃ³n entre el hombre y los significantes del mundo fÃsico. Eso permitiÃ³ un equilibrio que aÃºn subsiste en ciertos lugares del planeta, pero que estÃ¡ gravemente amenazado por la globalizaciÃ³n financiera que corroe, fragmenta, pulveriza los canales de distribuciÃ³n y transmisiÃ³n de otros saberes, los que no abrevan del discurso cientÃfico-tÃ©cnico. MÃ¡s allÃ¡ de las indiscutibles conquistas logradas a partir de la ciencia aplicada, su fagocitaciÃ³n por la poderosa mandÃbula del mercado y su alianza con las nuevas tecnologÃas de explotaciÃ³n ha supuesto un trauma de proporciones colosales. Se trata de la conjunciÃ³n de un acontecimiento que proviene de la externalidad socioeconÃ³mica, pero que en su exceso conmueve la raÃz de los aparatos del goce, aquellos con los que abordamos lo real. La soluciÃ³n, si acaso el tiempo no se ha agotado ya definitiva e irreversiblemente, no se vislumbra a partir de las utopÃas del neohumanismo ni los cambios tangibles en materia de nuevas formas de energÃa, que diariamente revelan su daÃ±o colateral. MÃ¡s allÃ¡ de los enormes e improbables acuerdos polÃticos que deberÃan sostener en todo su alcance una transformaciÃ³n del actual paradigma y desviar su precipitaciÃ³n letal, la mayor complejidad parte de la inexistencia de una reconfiguraciÃ³n narrativa, un obra colectiva capaz de crear un nuevo relato, una re-escritura mitogrÃ¡fica que logre interceder de otro modo y crear distintas condiciones de ser en el mundo. El psicoanÃ¡lisis, que como dijimos posee los recursos teÃ³ricos y clÃnicos para producir una mutaciÃ³n de semejante calado en el plano de los sujetos uno por uno, no tiene la capacidad de generar una acciÃ³n que movilice cambios a gran escala. Dicha imposibilidad no debe desalentarnos ni empujarnos a una rendiciÃ³n, sino que debemos convertirla en un estÃmulo que se sume a la conciencia Ã©tica que crece, alimentada por el reconocimiento mundial de que es preciso plantar batalla.

Lacan definiÃ³ la reacciÃ³n terapÃ©utica negativa como la demostraciÃ³n de que la vida no quiere curarse. A pesar de ello, el psicoanÃ¡lisis no dimite ante el desafÃo de una cura.

NOTAS

1. https://www.theatlantic.com/culture/archive/2021/11/oceania-pacific-climate-change-stories/ *1* 620570/

2. https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/30-03-1974.pdf
3. Lacan, J.: 1963, en *Escritos.* RBA Ediciones, 2006